

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**
PASTOR

The first reading of every Mass during the Easter season is from the book called, “The Acts of the Apostles.” It’s a great read and I encourage you to do so because it tells of the early days of the Church when the Apostles and Saint Paul were ministering to the people. Very much like today’s passage, the Acts of the Apostles teaches us about what the Church has believed from the beginning and how that faith has informed how we worship and celebrate it liturgically.

Today, we hear that the Apostles Peter and John had to go to Samaria to lay hands upon the newly baptized because they had not yet received the Holy Spirit at the time of their baptism. We still believe that and so we have the Sacrament of Confirmation.

Most of us were baptized as infants by a priest or deacon, but later in life, we were confirmed by a bishop. The Sacrament of Confirmation completes what began in baptism with the specific laying on of hands upon the one to be confirmed by the ordinary minister of Confirmation who is the bishop. Why is that so, at least in the Latin Church?

Well, to begin with, Peter and the Apostles were the first bishops of the Church. And their gifts and ministries have continued to this day by means of “apostolic succession.” Without getting into the weeds on apostolic succession, the gifts of ministry belonging to Peter has been guaranteed through the valid and licit election and consecration of each succeeding pope in history. The same is the case for the bishops of the Church in their connection to the original Apostles. The unity of faith, then, is preserved in “the Pope and the bishops in communion with him” in every age.

Now, the pope is really the Bishop of Rome, and the bishops throughout the world as well, have received the “fullness” of the Sacrament called, “Holy Order.” And, as we know, there are three grades in Holy Order: bishop, priest and deacon. Every bishop, priest and deacon share in the same “sacramental character” of Holy Order. But, as Acts of the Apostles indicates, there are distinct “sacred powers” appropriate to each order. A deacon only has certain sacred powers to function in certain ministries. A priest can do the same functions as a deacon and more. For example, a deacon can preach but not say Mass. The priest can do both. But a priest cannot do all that a bishop can do, like confirm students and ordain men to Holy Order. The bishop, however, may delegate the power to confirm to a priest in the case of necessity.

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**
PASTOR

La primera lectura de cada misa durante el tiempo pascual se toma del libro titulado “Hechos de los Apóstoles”. Es una lectura muy interesante y les animo a que la lean, ya que narra los primeros días de la Iglesia, cuando los apóstoles y San Pablo ejercían su ministerio entre el pueblo. Al igual que el pasaje de hoy, los Hechos de los Apóstoles nos enseñan lo que la Iglesia ha creído desde el principio y cómo esa fe ha influido en la forma en que la veneramos y la celebramos litúrgicamente.

Hoy escuchamos que los apóstoles Pedro y Juan tuvieron que ir a Samaria para imponer las manos sobre los recién bautizados, ya que estos aún no habían recibido el Espíritu Santo en el momento de su bautismo. Todavía creemos eso y por eso tenemos el sacramento de la Confirmación.

La mayoría de nosotros fuimos bautizados de niños por un sacerdote o un diácono, pero más adelante en la vida, fuimos confirmados por un obispo. El sacramento de la Confirmación completa lo que comenzó en el bautismo con la imposición específica de manos sobre el que va a ser confirmado por el ministro ordinario de la Confirmación, que es el obispo. ¿Por qué es así, al menos en la Iglesia latina?

Bueno, para empezar, Pedro y los apóstoles fueron los primeros obispos de la Iglesia. Y sus dones y ministerios han continuado hasta el día de hoy por medio de la “sucesión apostólica”. Sin entrar en detalles sobre la sucesión apostólica, los dones del ministerio que pertenecen a Pedro han sido garantizados a través de la elección y consagración válidas y lícitas de cada papa sucesivo en la historia. Lo mismo ocurre con los obispos de la Iglesia en su vínculo con los apóstoles originales. La unidad de la fe, pues, se conserva en “el Papa y los obispos en comunión con él” en todas las épocas.

Ahora bien, el Papa es en realidad el Obispo de Roma, y los obispos de todo el mundo también han recibido la “plenitud” del sacramento denominado “Orden Sagrado”. Y, como sabemos, hay tres grados en el Orden Sagrado: obispo, sacerdote y diácono. Todos los obispos, sacerdotes y diáconos comparten el mismo “carácter sacramental” del Orden Sagrado. Pero, como indica el Hechos de los Apóstoles, hay “poderes sagrados” distintos propios de cada orden. Un diácono solo tiene ciertos poderes sagrados para desempeñar ciertos ministerios. Un sacerdote puede realizar las mismas funciones que un diácono y más. Por ejemplo, un diácono puede predicar, pero no celebrar la misa. El sacerdote puede hacer ambas cosas. Pero un sacerdote no puede hacer todo lo que un obispo puede hacer, como confirmar a los estudiantes y ordenar a los hombres al Orden Sagrado. El obispo, sin embargo, puede delegar el poder de confirmar a un sacerdote en caso de necesidad.

PASTOR'S CORNER | REFLEXIÓN DEL PASTOR

REV. RAFAEL O'FARRIL
ASSISTANT PASTOR



Querida familia de Nuestra Señora de la Paz:

En este Sexto Domingo de Pascua, la Palabra nos recuerda que Cristo Resucitado no nos deja huérfanos. Jesús conoce las ausencias que duelen, los cansancios que pesan, las luchas que nadie ve y las heridas que todavía buscan consuelo. Por eso, antes de su pasión, promete a sus discípulos: “Yo le rogaré al Padre y él les dará otro Consolador, para que esté siempre con ustedes”. La Pascua no es solamente la alegría de saber que Cristo venció la muerte; es también la certeza de que su Espíritu sigue sosteniendo a la Iglesia en medio de sus pruebas.

En la primera lectura, Felipe baja a Samaría y anuncia a Cristo. Allí donde había división, desprecio y heridas históricas, el Evangelio produce alegría. La fe no se encierra en Jerusalén; sale, cruza fronteras, toca pueblos heridos y levanta comunidades nuevas. Cuando Cristo es anunciado con verdad, los espíritus del mal pierden fuerza, los paralizados se levantan y la ciudad se llena de gozo. Esto nos enseña que una parroquia verdaderamente pascual no puede vivir encerrada en sí misma: debe llevar consuelo, esperanza y sanación allí donde hay tristeza, distancia, indiferencia o división.

Pero la lectura también nos muestra algo importante: los samaritanos habían recibido la Palabra y el bautismo, pero todavía necesitaban recibir plenamente el don del Espíritu Santo. No basta con conocer algo de Dios; necesitamos dejarnos confirmar, encender y conducir por su Espíritu. Sin el Espíritu Santo, la fe se vuelve costumbre; con el Espíritu, la fe se convierte en vida, testimonio, valentía y amor.

San Pedro nos pide estar siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza, pero con mansedumbre y respeto. Esto es muy necesario hoy. Vivimos en un mundo donde muchos gritan, acusan, se defienden con agresividad o responden con heridas. El cristiano no está llamado a imponer la fe con dureza, sino a mostrar con su vida que Cristo vive. La esperanza no se explica solamente con palabras; se demuestra con paciencia, coherencia, perdón, servicio y fidelidad en medio del sufrimiento.

En el Evangelio, Jesús une el amor con los mandamientos: “Si me aman, cumplirán mis mandamientos”. Amar a Cristo no es solo emocionarse, cantar o hablar de Dios. Amar a Cristo es obedecer su Palabra, guardar su enseñanza, permanecer fiel cuando cuesta, amar cuando no conviene, perdonar cuando duele y servir cuando nadie aplaude.

Jesús promete: “No los dejaré huérfanos”. Esta frase entra profundamente en el corazón. Muchos pueden sentirse solos, cansados, no comprendidos o espiritualmente abandonados. Pero Cristo Resucitado nos asegura que no estamos solos. El Espíritu Santo es la presencia íntima de Dios que consuela, fortalece, corrige, ilumina y sostiene. Él nos hace reconocer que Cristo vive, que el Padre nos ama y que nuestra vida no está perdida.

Pidamos en esta Pascua un corazón abierto al Espíritu Santo. Que nuestra comunidad no viva una fe apagada, sino una fe encendida; no una religión de costumbre, sino una vida transformada por el amor de Cristo. Que donde haya tristeza, llevemos alegría; donde haya división, llevemos reconciliación; donde haya miedo, demos razón de nuestra esperanza; y donde alguien se sienta huérfano, pueda descubrir, por medio de nosotros, que Cristo sigue diciendo: “Yo vivo, y también ustedes vivirán.”

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR**
REV. RAFAEL O'FARRIL
 ASSISTANT PASTOR


Dear family of Our Lady of Peace,
 On this Sixth Sunday of Easter, the Word reminds us that the Risen Christ does not leave us orphaned. Jesus knows the absences that hurt, the weariness that weighs us down, the struggles no one sees, and the wounds still seeking consolation. That is why, before His Passion, He promises His disciples: “I will ask the Father, and He will give you another Advocate to be with you always.” Easter is not only the joy of knowing that Christ has conquered death; it is also the certainty that His Spirit continues to sustain the Church in the midst of her trials.

In the first reading, Philip goes down to Samaria and proclaims Christ. Where there had been division, rejection, and deep wounds, the Gospel brings joy. Faith does not remain closed in Jerusalem; it goes out, crosses boundaries, touches wounded peoples, and raises up new communities. When Christ is proclaimed in truth, the forces of evil lose their hold, the paralyzed rise, and the city is filled with joy. This teaches us that a truly Easter-centered parish cannot remain closed in on itself; it must bring consolation, hope, and healing wherever there is sadness, distance, indifference, or division.

Yet the reading also reveals something essential: the Samaritans had received the Word and been baptized, but they still needed to fully receive the gift of the Holy Spirit. It is not enough to know something about God; we must allow ourselves to be confirmed, set on fire, and guided by His Spirit. Without the Holy Spirit, faith becomes routine; with the Spirit, faith becomes life, witness, courage, and love.

Saint Peter calls us to be always ready to give an explanation for our hope, but to do so with gentleness and reverence. This is especially important today. We live in a world where many shout, accuse, defend themselves with harshness, or respond out of woundedness. The Christian is not called to impose faith with force, but to show through life that Christ is alive. Hope is not explained only with words; it is revealed through patience, consistency, forgiveness, service, and fidelity even in suffering.

In the Gospel, Jesus unites love with obedience: “If you love me, you will keep my commandments.” Loving Christ is not merely emotional expression, singing, or speaking about God. To love Christ is to obey His Word, to remain faithful when it is difficult, to love when it is inconvenient, to forgive when it hurts, and to serve when no one applauds. Jesus promises: “I will not leave you orphans.” These words reach deeply into the human heart. Many may feel alone, weary, misunderstood, or spiritually abandoned. But the Risen Christ assures us that we are not alone. The Holy Spirit is the intimate presence of God who consoles, strengthens, corrects, enlightens, and sustains us. He enables us to recognize that Christ lives, that the Father loves us, and that our lives are not lost.

Let us ask, in this Easter season, for hearts open to the Holy Spirit. May our community not live a lukewarm faith, but a faith set on fire; not a religion of habit, but a life transformed by the love of Christ. Where there is sadness, may we bring joy; where there is division, reconciliation; where there is fear, a reason for hope; and where someone feels orphaned, may they discover, through us, that Christ continues to say: “I live, and you also”